

SOBRE LA FORMACIÓN DE LOS CONJUNTOS CERÁMICOS TARDOCELTIBÉRICOS*

J.D. Sacristán de Lama

No es ya necesario defender, por estar suficientemente contrastada, la pervivencia de producciones cerámicas de estilo celtibérico durante la etapa imperial romana. Esta pervivencia fue muy prolongada en el tiempo —aunque fuera bajo la forma de algunas reliquias carentes ya del impulso original—, como demuestran los vasos pintados asociados a la T.S.H. Tardía, que podrían conectar, aunque ello sea problemático, con algunas producciones altomedievales de Castilla y Cantabria¹.

Sin embargo, no vamos a tratar aquí de estas manifestaciones fosilizadas o residuales, sino de un complejo cerámico dimanante de una tradición cultural todavía viva —por lo que puede ser calificada aún, en lo estilístico de «celtibérica»— al menos hasta finales del siglo II de nuestra Era.

Esta persistencia de las cerámicas pintadas de estilo celtibérico, asociadas en muchos casos a la T.S.H., ha sido puesta de relieve en numerosas ocasiones, especialmente en los últimos años, en diversas áreas de la Península, desde el Levante² hasta Portugal³. Parece, por tanto, un hecho muy general, y por ello se-

guramente heterogéneo, de modo que no debe ser considerado de forma simplista, sino que habrá que tener en cuenta los distintos contextos regionales. Aquí nos vamos a limitar a las áreas de cultura tradicional celtibérica (que no hay que confundir con la Celtiberia como región más estrictamente delimitada por algunos autores romanos). Especialmente atendemos a la cuenca del Duero, desde Soria hasta Zamora, que es el ámbito de donde proceden la mayor parte de los datos que nos dan pie para hacer las siguientes consideraciones.

En esta región, las producciones pintadas de rai-gambre celtibérica forman una parte muy importante de los lotes cerámicos rescatados en los yacimientos de los primeros siglos romanos, tanto en algunas *villas* como, sobre todo, en las viejas poblaciones indígenas (como Saldaña, Castrojeriz, Sasamón, Tardajos, Roa, Padilla de Duero, etc.). Forman además —y ello no ha sido puesto todavía suficientemente de relieve— unos *conjuntos estilísticamente característicos*, y muy bien definidos con respecto a los más clásicamente celtibéricos. Este estilo perduró y se mantuvo reconocible, tal como demuestran los materiales romanos asociados, durante todo el siglo II d.C., y se diluyó para dar paso a otras modas durante el siglo III. Su suerte parece estar ligada, pues, a la de la T.S.H.

Mayor problema plantea la etapa inicial, de formación, de este estilo cerámico, que es, justamente, el punto que aquí queremos contribuir a clarificar, previa una somera descripción de las características formales de tales conjuntos cerámicos.

¹ Sobre las cerámicas medievales pintadas de posible, pero discutible, entronque celtibérico, pueden verse, entre otros estudios: GARCÍA GUINEA 1966, RINCÓN 1975, BOHIGAS 1982. El posible entronque vendría dado por ejemplos como los palentinos de Monte Cildá, con cronologías entre los siglos V-VIII, según los excavadores del yacimiento (Cf. GARCÍA GUINEA y otros, 1966).

² Cf. LLOBREGAT 1969.

³ Cf. FERREIRA 1977.

* El tema de esta comunicación fue tratado extensamente en nuestra tesis doctoral (Valladolid, 1984) y recogido en SACRISTÁN 1986. La falta de referencias a estudios de interés posteriores a 1984, y en especial el de J.M. Abascal Palazón, sobre estos tipos cerámicos, evidencia el tiempo transcurrido desde la entrega de los originales.

Características formales de los conjuntos celtibéricos tardíos

Simplemente vamos a resaltar algunas notas que identifican al nuevo estilo cerámico, sin entrar en demasiados detalles, por no ser la intención de estas notas hacer una tipología.

Haciendo una comparación con las producciones de plena época celtibérica, están ausentes muchas de las antiguas formas, como las ollas globulares de borde vuelto en forma de «palo de golf», o las tinajas de borde con ñada, en forma de «cabeza de pato». Igualmente hay cambios en las copas, desapareciendo los altos fustes barrocos, muy torneados, o los decorados con nudo central, o los grandes recipientes abiertos —copas o páteras— de borde volado, que a veces se corresponden con aquellos fustes. Desaparecen también los perfiles acampanados.

Como formas características aparecen grandes vasijas abombadas, de borde engrosado pegado al cuerpo. De las copas, permanecen las más sencillas, de recipiente hemiesférico achatado. Son especialmente abundantes los cuencos, no sólo los de perfil hemiesférico simple, sino también otros más propios del nuevo estilo, como los que presentan una carena gallonada. Aparecen además, a partir de algún momento de la primera mitad del siglo I d.C., las peculiares producciones clunienses, y afines.

También se aprecian cambios en el modelado secundario. Así, los fondos huecos, rehundidos —con forma de onfalo—, con pie indicado o sin él, que tienen todavía una cierta persistencia durante el siglo I a.C., serán sustituidos por otros planos, con una ligera ranura cercana al extremo del círculo; éstos son, por ejemplo, los fondos de los vasos de estilo cluniense. En cuanto a los adornos de modelado, las estrías y molduras bien marcadas de los vasos celtibéricos clásicos, que a veces componían amplias bandas barrocas, dan paso a surcos y molduras siempre simples y poco marcados, de perfil suave. Aparecen también nuevos adornos plásticos, como las «pastillas» o «botones», casi siempre pintados con un aspa.

En cuanto a los motivos pintados, se rarifican en gran manera los semicírculos concéntricos, tan abundantes en la etapa anterior y, en todo caso, son más sencillos, de menos trazos. Desaparecen los segmentos de círculo concéntricos y los rombos y triángulos en tinta llena.

Triunfan las retículas —muchas veces rellenando triángulos unidos por el vértice— y las series de

arcos, motivos que habían hecho su aparición, tenue y esporádica, en la etapa anterior.

Abundan, como temas nuevos, los triángulos formados por trazos rectos oblicuos de longitud progresiva, tal vez como adaptación del desaparecido tema de segmentos circulares concéntricos; las aspas, las estilizaciones vegetales, especialmente zarcillos con hojas de hiedra; estas estilizaciones vegetales se documentan, sobre todo, a partir del siglo I d.C., cuando son adoptados especialmente en la decoración de los vasos de estilo cluniense. En cuanto a los motivos animales, aparte de su proliferación en los vasos de estilo cluniense, no llegan a ser muy abundantes, aunque constituyen un grupo destacable por su calidad estética, que llega a alcanzar la categoría de arte. Tenemos razones para pensar que estas decoraciones zoomorfas se iniciaron ya en la etapa celtibérica clásica. Así lo demuestra el hallazgo de algunos ejemplares en Roa, en contextos que no ofrecen duda acerca de su antigüedad⁴. No obstante, tales motivos están mejor representados en estos conjuntos más tardíos.

Origen y formación del estilo

Excavaciones realizadas en los últimos años en los yacimientos burgaleses de Castrojeriz y Roa (la vacca *Rauda*) han proporcionado unas secuencias estratigráficas que permiten clarificar algunos de los aspectos relacionados con la formación de los conjuntos cerámicos celtibéricos tardíos. En ambos casos se documentan, por debajo de los estratos donde estos tipos se mezclan con la *Terra Sigillata*, otros donde aparecen puros, sin tal asociación. Pero, por encima de esta apreciación, ambas estratigrafías permiten mayores precisiones.

La serie de Castrojeriz⁵ consta de nueve estratos que, de arriba a abajo, se numeraron así: I, II, IIIA, IIIB, IV, VA, VB, VIA y VIB. En todos ellos había abundante cerámica pintada correspondiente a los tipos que comentamos, con una notable uniformidad formal. La *Terra Sigillata*, con una cronología desde, aproximadamente, mediados del siglo I d.C., aparecía úni-

⁴ Véase SACRISTÁN 1986, p. 192-193.

⁵ Nos referimos a la excavación realizada en el año 1979 junto a la Colegiata de Ntra. Sra. del Manzano. Posteriormente se ha realizado otra campaña en el mismo lugar, pero los datos no están aún elaborados. Manifestamos nuestro reconocimiento al director, J.A. Abásolo, por su generosidad al permitirnos hacer uso de esta documentación inédita.

camente en los tres estratos superiores (I, II y IIIA), faltando en los seis inferiores. Esto significa que los tipos que tratamos conocieron un notable desarrollo antes de asociarse a aquella, debiendo remontarse a los tiempos anteriores al cambio de Era, pues no parece probable que los seis estratos se formasen en sólo medio siglo; con mayor razón si se tiene en cuenta que es un ambiente de vivienda, con cambios en las estructuras constructivas de piedra, que no pueden ser tan rápidos. Desgraciadamente, faltan elementos de datación más precisos. No obstante hay algunas circunstancias de interés para la formación de tales conjuntos cerámicos. Así, la serie estratigráfica comienza justamente en un ambiente de transición. En los estratos de fondo todavía hay una cierta proporción de formas y motivos pintados que se pueden considerar *clásicos*. Por referirnos a algunos de los más característicos, en los estratos VIA y VIB son todavía relativamente abundantes los semicírculos concéntricos, que se hacen sumamente raros en los estratos superiores, faltando, incluso en el V, en el IIIB, en el II y en el I. Tan sólo en los dos estratos inferiores están presentes las tinajas de borde vuelto con ñada (de perfil en «cabeza de pato»); y los vasos de borde vuelto engrosado (con forma de «palo de golf») no sobrepasan el nivel V. Todo ello sugiere, además, una rápida sustitución tipológica, pues la mezcla de tipos *clásicos* y *tardíos* no parece persistente, y se decanta casi brusca y rápidamente en favor de las novedades formales.

La otra serie estratigráfica de interés secuencial, relativa a los conjuntos de estilo celtibérico tardío, ha sido obtenida en Roa, en el lado Este de la Plaza Mayor⁶. Constaba de cinco estratos que se numeraron, de arriba a abajo, IA, IB, II, IIIA y IIIB. En todos ellos se hallaban también presentes los tipos cerámicos que comentamos. El interés de la serie residía en que varios de los estratos proporcionaron elementos de contraste cronológico. En los estratos IA y IB la precisión viene dada por la T.S., que falta en los inferiores e incluso en la base del IB, y que permite datar ambos estratos —IA y IB— entre antes de la mitad del siglo I d.C. y la segunda mitad del siglo II (sin alcanzar, seguramente el final del mismo) en que se fechan los más tardíos fragmentos de T.S. del IA.

En la parte superior del estrato II apareció una moneda de Nemausus, de la serie del cocodrilo, cuya

⁶ Aunque la excavación fue realizada en condiciones poco favorables, por haber sido vaciado prácticamente el yacimiento para realizar el sótano de un inmueble en construcción, el amplio raspado de los cortes resultó tan ilustrativo como aquí puede apreciarse.

acuñación se puede fechar con bastante precisión entre los años 8 y 3 a.C.⁷ y que por su escasa circulación apunta una cronología aproximada para el final del estrato hacia el cambio de Era o poco después; ello está bastante de acuerdo con la fecha que proporciona la aparición de la *Terra Sigillata*, avanzada ya la formación del estrato IB. Quedan todavía los dos estratos inferiores, con los mismos tipos cerámicos celtibéricos, pero sin más contaminación romana que un fragmento de vaso campaniense del nivel IIIA, con una datación muy imprecisa dentro del siglo I a.C..

Así pues, los estratos IIIB y IIIA y casi todo el II son anteriores al cambio de Era. Su formación requiere un lapso de tiempo evidentemente superior a dos o tres decenios, que es el margen que dejarían algunos esquemas cronológicos⁸, pero convendría precisar en mayor medida.

Pues bien, es posible marcar con bastante seguridad una fecha límite *post quem* en tiempos sertorianos. Efectivamente, en esta etapa la cultura material era todavía perfectamente *clásica*, como se pone de manifiesto en los ambientes atribuibles a tales años. Es cierto que la calificación de niveles sertorianos se ha hecho a veces un tanto indiscriminadamente, a partir de una fácil atribución de indicios de destrucción en los yacimientos, pero donde tal atribución parece correcta, el estilo celtibérico más *clásico* se mantiene todavía puro. Así ocurre en el mismo yacimiento de Roa, donde los abundantísimos vestigios celtibéricos corresponden casi siempre a un nivel general de incendio, que asólo la población, y que tiene una cronología que, con escaso margen de error, hay que fechar en dicha época.

Con posterioridad al incendio, los vestigios son mucho más escasos y, de momento, falta una secuencia que salve la continuidad, pero allí donde aparecen tales vestigios, corresponden ya a los nuevos tipos postclásicos o *tardíos*. Es el caso de la estratigrafía a que

⁷ Véase GIARD 1971.

⁸ El principal sistematizador de las cerámicas celtibéricas ha sido F. WATTENBERG (Cf. WATTENBERG 1959, 1963 y 1978). Este autor establece una seriación de tipos que peca de una consideración de la evolución de los mismos demasiado en función del mayor o menor barroquismo, así como de una cierta rigidez en la interpretación cronológica de las estratigráficas, mediante un recurso simple a determinados episodios históricos. Pues bien, los tipos que él hace llegar hasta la época de Augusto, especialmente los de mayor barroquismo formal o decorativo, se encuentran siempre en los contextos que nosotros llamamos celtibéricos *clásicos*. Los tipos que denominamos *tardíos* tienen un desarrollo posterior a aquellos. Por ello, las cronologías de Wattenberg obligarían a situar el inicio del estilo tardoceltibérico en época augustea o postaugustea.

nos hemos referido. De modo que, si el lapso para la formación de dicha estratigrafía no puede alcanzar los tiempos sertorianos pero requiere al menos algunos decenios del siglo I a.C., el margen que queda es reducido. Se puede considerar, pues, con bastante prudencia, que el nuevo estilo cerámico debería estar ya prácticamente conformado hacia mediados de siglo, dejando el segundo cuarto de la centuria como etapa de cambio tipológico. Este lapso, ciertamente breve, está de acuerdo con la dificultad de aislar arqueológicamente la transición, de modo que, como ya hemos dicho, ésta se presenta casi como una sustitución.

Por lo demás, los notables acontecimientos en torno a las guerras pompeyano-sertorianas proporcionan el marco político suficiente para explicar las transformaciones económicas, y concretamente de los procesos productivos, que están a la base de la renovación formal. Ninguna otra circunstancia que conozcamos parece capaz de dar cuenta de semejante cambio.

Conclusiones

Hemos intentado aclarar el inicio o periodo formativo de unos conjuntos cerámicos de tradición celtibérica que aparecen asociados a la T.S.H. en los yacimientos de la cuenca del Duero; conjuntos estilísticamente diferenciables de los que se pueden concebir de celtibéricos *clásicos*.

Existe una clara evidencia de que tales conjuntos estaban básicamente conformados ya con anterioridad a su acompañamiento por la *Terra Sigillata* y hemos recurrido a sendas estratigrafías de los yacimientos burgaleses de Castrojeriz y Roa para aproximarnos al conocimiento de esa etapa de formación. En ambos casos, el desarrollo alcanzado por los estratos que albergaban estos nuevos conjuntos estilísticos con anterioridad a la presencia de la T.S., e incluso con anterioridad al cambio de Era, es notable y requiere un lapso de tiempo proporcionado. Hemos señalado, sin embargo, una fecha límite inicial en los tiempos sertorianos, cuando el estilo cerámico celtibérico que se puede denominar *clásico* permanecía aún prácticamente inalterado.

Queda así un margen muy estrecho de interpretación, que nos lleva a suponer que el estilo *tardío* o *de tradición celtibérica* estaba básicamente formado hacia la mitad del siglo I a.C.

La transición se operaría, por tanto, con notable rapidez tras la etapa sertoriana, en un lapso no supe-

rior a un cuarto de siglo: el segundo cuarto de la centuria. Este breve lapso está de acuerdo con la dificultad para aislar la etapa de cambio en los yacimientos, en los que se muestra como una auténtica sustitución tipológica.

El dramático episodio de las guerras sertorianas, con sus importantes repercusiones sobre el mundo indígena, es el marco adecuado en que se originan las condiciones que explicarían los cambios en la producción cerámica.

Por lo demás, la proporción de las cerámicas de tradición celtibérica en los yacimientos expresa de algún modo la pujanza de la herencia cultural y delimita y mide el alcance de la romanización.

Incidentalmente, no queremos dejar de llamar la atención sobre la estrecha asociación que estas cerámicas tienen con la T.S.H. desde la aparición de ésta, hasta el punto de que, según parece, su suerte final está estrechamente ligada, y tal vez responde a las mismas causas.

Bibliografía

- BOHIGAS, R. 1982. «Los yacimientos arqueológicos altomedievales del sector central de los Montes Cantábricos», tesis doctoral mecanografiada, Valladolid.
- FERREIRA DE ALMEIDA, C.A. 1977. «Exçavacões no Monte Mozinho», II, 1975-1976, Centro Cultural Penafidélis, Penafiel.
- GARCÍA GUINEA, M.A. 1966. «Sobre las cerámicas medievales de la Meseta Norte y Cantabria», *Actas del IX Congreso Nacional de Arqueología* (Valladolid, 1965), Zaragoza, p. 415-418.
- GARCÍA GUINEA, M.A., GONZÁLEZ ECHEGARAY, J., SAN MIGUEL RUIZ, J.A. 1966. «Excavaciones en Monte Cildá, Olleros de Pisuerga, Palencia. Campañas 1963 a 1965», *Excavaciones Arqueológicas en España*, 61.
- GARCÍA GUINEA, M.A., GONZÁLEZ ECHEGARAY, J., SAN MIGUEL RUIZ, J.A. 1973. «Excavaciones en Monte Cildá, Olleros de Pisuerga, Palencia. Campañas de 1966 a 1969», *Excavaciones Arqueológicas en España*, 82.
- GIARD, J.B. 1971. «Nimes sous Auguste», *Gazette Numismatique Suisse*, cahier 83, 21/1971, p. 69-73.
- LLOBREGAT, E.A. 1969. «Datos para el estudio de las cerámicas ibéricas en época imperial romana», *Actas del X Congreso Nacional de Arqueología* (Mahón 1967), Zaragoza, p. 366-378.

SACRISTÁN DE LAMA, 1986. «La Edad del Hierro en la Valle Medio del Duero. Rauda (Roa, Burgos). Valladolid.

WATTENBERG, F. 1959. «La Región Vaccea. Celtiberismo y romanización en la cuenca media del Duero», *Bibliotheca Praehistorica Hispana*, II, Madrid.

WATTENBERG, F. 1963. «Las cerámicas indígenas de Numancia», *Bibliotheca Praehistorica Hispana*, IV, Madrid.

WATTENBERG, F. 1978. «Estratigrafía de los cenizales de Simancas (Valladolid)», Monografías del Museo Arqueológico de Valladolid 2, Valladolid.